

Violencia y educación.

¿Es posible prevenir las conductas violentas?



Violencia y educación.
¿Es posible prevenir las conductas violentas?

Violence and education.
Can violent behaviour be prevented?

Anotaciones sobre la posibilidad o imposibilidad de prevenir las conductas violentas. ¿Qué se entiende por hombre o mujer no violento, por ciudadanía no violenta y por sociedades no violentas? No existe una visión neutra sobre la cuestión de la violencia. Con frecuencia hay demasiadas miradas violentas sobre la violencia. Educar es aprender a descubrir por qué necesitamos enemigos y cuáles son los reales, si es que existen. Hay que recordar que detrás de algunas conductas violentas hay entornos de pobreza, marginalidad y exclusión. Desde esta perspectiva la primera medida preventiva es la lucha contra la exclusión. Y a partir de aquí, se pueden construir ciudadanos que no necesiten recurrir a la violencia para convivir.

This article features notes on the possibility or impossibility of preventing violent behaviour. What is understood as a non-violent man or woman, non-violent citizenry or non-violent societies? There is not a neutral view of violence; it is frequently the subject of too many violent perspectives. Educating means learning to discover why we need enemies, and which of them are real, if any exist. It must be borne in mind that behind certain violent behaviours there are environments of poverty, marginalisation and exclusion. From such a vantage point, the first pre-emptive step is to fight against exclusion. From there on, citizens who do not need to resort to violence to co-exist may be developed.

Palabras clave

Contextualizar, Exclusión social, Ideologías, Intervención, Prevención, Reduccionismo, Riesgo

Keywords

Contextualising, Social exclusion, Ideologies, Intervention, Prevention, Reductionism, Risk

Autor: Jaume Funes

Artículo: Educación y violencia

Referencia: Educación Social, núm. 23, pp. 23-35

Dirección profesional: Escoles Universitàries de Treball Social i Educació Social – Universitat Ramon Llull.
jfunes@peretarres.org

Introducción

Prevenir la violencia o educar para la no-violencia puede resultar poco menos que una tarea imposible.

Prevenir la violencia o educar para la no-violencia puede resultar poco menos que una tarea imposible. Prevenir la violencia o educar para la no-violencia puede resultar poco menos que una tarea imposible. En primer lugar porque, como se señala en otros artículos de esta misma revista, violencias hay muchas, a menudo no son explícitas, algunas son aceptadas y otras rechazadas. Después, porque no parece claro que haciendo algo antes, en las etapas educables de las personas, se produzca un efecto directo en sus conductas violentas futuras o cuando sean mayores. Aquí presentamos unas breves anotaciones sobre la posibilidad o imposibilidad de prevenir las conductas violentas.

¿Educar y prevenir qué?

Cualquier idea de prevención suele basarse en el aislamiento previo de un conjunto de factores, directa o indirectamente asociados con el fenómeno que se quiere evitar. En algunos casos, se llega incluso a definir las *causas* que producen el fenómeno negativo y cuya eliminación supondría su desaparición. En el tema que nos ocupa, difícilmente podremos hablar de causas y la interrelación de factores es tan compleja que tiene poco sentido abordarlos desde una supuesta actividad preventiva.

La mayor parte de las veces las acciones supuestamente preventivas deben ponerse en marcha al margen de que puedan tener relación con la violencia (a nadie se le ocurriría, por ejemplo, facilitar alimentación adecuada a los niños que viven en condiciones de extrema pobreza para evitar que algún día sean violentos desesperados). Es más, carecería de sentido que aquello que debe hacerse en función de su derecho a ser personas se hiciera tan sólo por la posible amenaza de que algún día nos creen problemas.

Al pensar en educar, las dificultades también son de diversa índole. De entrada, educar supone tener intencionalidad, es decir, definir el resultado que se quiere obtener con la acción. Eso conlleva definir qué entendemos por hombre o mujer no violento, por ciudadanía no violenta y por sociedades no violentas.

Las acciones supuestamente educativas tienen que resolver cuestiones muy diversas. En algunos casos tienen que ver con adquisición de destrezas necesarias para gestionar no violentamente determinadas situaciones. En



otros, estamos hablando de cómo conformar una personalidad que no necesite violencias ni para afirmarse, ni para expresarse, ni para encarar las contradicciones de la vida. Podemos incluso plantearnos una cuestión de modelos de ofertas de formas de ser personas que valgan a los ciudadanos menores para construirse. O podemos acabar planteándonos algo tan complejo como la educación ética, la educación en valores.

Un resumen de variables

Demasiados aspectos para hablar simplifícadamente de prevención o de educación en relación con las violencias, aunque el autor tenga que hacerlo porque ese es el encargo que le han hecho los responsables de la revista y, quizás eso es lo que espera el lector o lectora de este texto. Valgan, al menos, estos prolegómenos para alertar sobre los reduccionismos que hacemos al hablar de la violencia y de la tentación de convertirla en una patología a la que pueden aplicársele, sin más, remedios. Aceptemos simplemente que como profesionales de la educación nos encontramos con cierta frecuencia ante situaciones que definimos como violentas y nos gustaría (o nos lo piden) hacer algo. De ese *algo*, inconcreto y dudoso, es de lo que intentan hablar las páginas siguientes.

A modo de resumen aclaratorio, me gustaría empezar por recordar:

- Hay violencias visibles y violencias que pasan desapercibidas
- Solemos ver las violencias de unos colectivos sociales y no las de otros (o se las atribuimos fundamentalmente a unos aunque no las realicen)
- Con facilidad reducimos la violencia a fenómenos individuales, dejando a un lado los colectivos. Hablamos de la violencia personal y no de la estructural
- Es más fácil aislar conductas que analizar los contextos en los que se producen
- Los fenómenos que tienen que ver con la violencia tienen mucho de construido, de realidad añadida
- La importancia que atribuimos a las violencias tiene que ver con otros elementos como la vivencia de la seguridad o las dificultades para gestionar la complejidad de la vida cotidiana
- La violencia no parece que pueda ser definida fácilmente como intrínsecamente mala. Será buena o mala en función de atribuciones sociales externas.

No existe una visión *neutra* sobre la cuestión de la violencia.

Se trata de un *objeto social* que se construye con la mirada

No existe una visión *neutra* sobre la cuestión de la violencia. Se trata de un *objeto social* que se construye con la mirada. Se focaliza en un punto u otro y llega o no a ser considerada problema en función de la perspectiva que se adopte. Con frecuencia hay demasiadas miradas violentas sobre la violencia.

Diversidad de realidades para la intervención

Si queremos intervenir, todavía tendremos que matizar más. Dentro del concepto de violencia como entidad se engloban realidades muy diferentes que determinan el qué hacer y el cómo hacerlo. En algún trabajo reciente¹ he sugerido la necesidad de distinguir cuatro aspectos diferentes en esa realidad que llamamos violencia. Cada uno de ellos nos conduciría a un tipo diferente de intervenciones *preventivas* o educativas:

1. Conviene diferenciar *violencia* de *conducta violenta*² o agresión. Es preferible utilizar la palabra *violencia* para todo aquello que es genérico, para el marco general en el que se producen las acciones. La *violencia* como fenómeno global tiene que ver con relaciones de poder, es el producto de unas relaciones de poder asimétricas entre unas instituciones y unas personas, entre unos grupos y otros.

La *violencia* tiene que ver con la definición de quien está arriba y quien abajo, con la definición de pertenencias y exclusiones, con la construcción de enemigos colectivos, con la definición de valores, verdades y dioses. Por eso normalmente se traduce en ideologías y simbologías que precederán o envolverán a las conductas violentas concretas. Por eso, aunque nos refiramos a agresiones o conductas violentas que implican, como actores o como víctimas, a personas concretas, hablamos de *violencia de género*, *violencia racista* o *violencia institucional*.

2. Los actos concretos se enmarcan en contextos. Es decir, podemos descubrir un conjunto de parámetros (materiales, ideológicos, de relación, etc.) que encuadran las acciones. A veces, un acto violento parece no tener sentido (por ejemplo, quemar un contenedor de basuras en la madrugada), pero descubrimos su lógica si lo situamos en un contexto de circunstancias, actividades, relaciones vitales (la necesidad de diversión nocturna, las dinámicas de grupos adolescentes, las distorsiones emocionales producidas por el alcohol, etc.).



3. Algunas veces no se trata simplemente de contextualizar sino que el sentido aparece cuando ponemos la conducta en relación con un entorno. Existen entornos sociales en los que es mucho más probable que aparezcan las conductas violentas. Por eso nos referimos a marcos sociales en sí mismos generadores de violencia. Por eso ponemos en relación las conductas violentas con la vida en condiciones de marginación, de exclusión, de explotación, de supervivencia bajo mínimos.

4. Para referirnos a situaciones ambientales circunstanciales, provisionales, se suele usar la palabra clima, climas violentos. Se describen así atmósferas en las que cualquier detonante provoca la aparición de conductas violentas. Así podemos definir, por ejemplo, el clima de una clase crispada, en una situación de tensión entre grupos o con el profesor, en la que un pequeño incidente puede desatar una serie de agresiones. Algunas conductas violentas aparecen cuando previamente se ha construido un clima de tensión.

Si a todo este lío de matices le añadimos alguna reflexión sobre las diferentes teorías explicativas de las conductas violentas y, además, insistimos en diferenciar las violencias en función de la edad, del género o de la condición social, las posibilidades de indicar alguna acción educativa se acabarían desvaneciendo. Pero habiendo dejado claro que no pretendo ser hipócrita hablando de unas violencias y no de otras y asumiendo la parcialidad de todo lo que viene a continuación, intentaré sintetizar algunas ideas para la acción pacífica.

Miradas: prevenir es descubrir todas las violencias

Quizás todo deba comenzar por educar las miradas y ubicar adecuadamente las sensibilidades. El trabajo para conseguir personas no violentas empieza por identificar qué violencias se dan en el mundo, próximo y lejano, en el que uno vive. Aprender a verlas todas, a descubrir qué las genera, quién las padece, qué intereses ponen en juego, por qué nos distanciamos cuando el asunto no parece ir con nosotros o nos alteramos cuando parece tocar nuestra vida diaria.

Normalmente, siempre existen intereses en destacar unas u otras violencias, en preocuparse de unas y no de otras, en magnificarlas o relativizarlas. Puede ser el niño maltratado, la mujer apaleada, el débil abusado o el ciudadano ultrajado por la policía, etc., pero no nos fijamos en todas, no las vemos todas.

Siempre se trata de miradas conformistas, de gente de orden, con visiones integradas, que primero justifican el funcionamiento de las instituciones y las razones del poder. La primera prevención es educar para ver.

La segunda es educar para dejar de ver. Se trata de aprender a descubrir aquello que creemos ver pero no existe o no tiene la importancia que le damos. Hay violencias que no existen como tales pero las construimos y las magnificamos (ocurre cuando, por ejemplo, se habla del aumento de *la violencia juvenil* o de *la inseguridad ciudadana*). No tendría mayor importancia si no fuera porque estas *construcciones sociales* generan reacciones desproporcionadas, inadecuadas y violentas y porque realimentan las violencias iniciales. A veces, lo peligroso de identificar y significar determinadas conductas violentas es magnificarlas o hacerlas omnipresentes.

Los climas de violencia a los que me acabo de referir se crean a menudo por razones artificiales. Se desata la posibilidad de conductas violentas porque previamente se han construido irritaciones, miedo e inseguridades. Educar es enseñar a descubrir los miedos, las frustraciones y las tensiones que presiden nuestras vidas individuales y colectivas, para no traspasar a una realidad ficticia todo aquello que nace de nuestras complejidades para vivir.

Educar es aprender a descubrir por qué necesitamos enemigos y cuáles son los reales, si es que existen. Dejando a un lado las condiciones objetivas de seguridad (el tener pocas probabilidades de ser víctima ni actor de una conducta violenta), la prevención de las reacciones violentas consiste en construir sentimientos individuales y colectivos de seguridad.

La sociedad más violenta es aquella que pretendiera garantizarnos a cualquier precio la tranquilidad

Las reflexiones sobre determinados tipos de conductas violentas deben llevar a las reflexiones sobre el riesgo. Evitar violencias es poner de manifiesto que no es posible eliminar el riesgo de nuestras vidas. La sociedad más violenta es aquella que pretendiera garantizarnos a cualquier precio la tranquilidad. Teniendo en cuenta que vivimos en una sociedad injusta y desigual hay una parte de tensiones derivada del hecho de vivir en sociedad, no eliminables y en cualquier caso inferiores a los beneficios de nuestra convivencia.

Por eso no vale cualquier forma de hablar de las violencias. Más allá de que los discursos sean interesados y sesgados generan posibilidades o contradicciones para pacificar la realidad. Los datos deben explicarse acompañados de verdadera pedagogía social y pensando siempre cómo se evitará construir imaginarios individuales y colectivos, reduccionismos y etiquetajes. A veces, la manipulación es burda y dura como en el caso de la presentación de cifras de delincuencia relacionadas con la inmigración. Otras, es más compleja y delicada como en el



caso de la violencia en las relaciones de pareja. En este último caso no se trata de una categoría única de conductas violentas y puede conducir a dos simplificaciones violentas: la de que detrás de todo agresor hay un psicópata, la de que más años de prisión lo resuelven todo.

Condiciones: hacer innecesaria la violencia

El *derecho* a que las cosas cambien

Para evitar construir el discurso de la domesticación educativa de la violencia, he de dedicar algunos párrafos a recordar que detrás de algunas conductas violentas (como actores y como víctimas) hay entornos de pobreza, marginalidad y exclusión. Por eso, desde esta perspectiva que ahora adoptamos, la primera medida preventiva es la lucha contra la exclusión. Un conjunto de acciones decididas que, como ya se ha señalado, hay que hacerlas tanto si las personas excluidas generan violencia como si se aguantan estoicamente. El excluido tiene derecho a no ser excluido, no a que nos preocupemos de él para evitar que algún día nos mate.

No son éstas las páginas para escribir ningún manual sobre el derecho de los pobres a no aguantar nuestras explotaciones. Sin embargo, sí debo afirmar que es técnicamente perverso trabajar las conductas violentas que se producen en determinados entornos sin aplicar previamente acciones globales (no precisamente educativas) destinadas a modificar sus condiciones de vida.

De todas las relaciones que normalmente suelen establecerse entre entornos empobrecidos y conductas violentas quisiera comentar en clave educativa tres de ellas: las reacciones de desesperanza, los procesos de aprendizaje y las complicaciones para llegar a ser personas.

En todos los entornos no existen las mismas posibilidades de tener futuro. Aunque sólo utilizáramos las teorías de la violencia como reacción a la frustración, aceptaríamos que determinadas conductas destructoras son la reacción lógica ante una vida que no permite alcanzar un conjunto de bienes y satisfacciones que continuamente te ofrecen y que otros colectivos no pobres sí pueden tener.

En algunos barrios, reducir las conductas violentas supone, por ejemplo, aumentar las oportunidades de los jóvenes más desfavorecidos. Existe la violencia de *no future*, la del todo da igual porque poco tengo a perder. Si también queremos educar se tratará de actuar para hacerles descubrir algún futuro y elaborar con ellos y ellas una serie de secuencias de actuación que les permitan construirlo. El dilema, en todo caso, es el que clásicamente ya formulaba Durkheim: cómo plantearse metas posibles cuando se forma parte de los que no tienen y cómo utilizar métodos socialmente aceptados para alcanzarlas cuando se comprueba que no sirven.

Educar en la
no-violencia no
puede ser
educar en la
sumisión

A menudo, a los que menos tienen, a los que sufren la violencia de estar al margen, les hemos de proponer que se comporten de manera no destructora cuando intentan alcanzar aquello que no conseguirán de otra manera o que se conformen con metas limitadas. Si pierden el poder que genera el miedo de sus posibles violencias les deberíamos restituir otro poder para cambiar su realidad. La educación para la no-violencia admite escasas excepciones pero no puede consistir en dejar sin ideología ni poder a los que menos tienen. Educar en la no-violencia no puede ser educar en la sumisión.

Estrategias de adaptación y *personalidades* violentas

Por otra parte, las conductas violentas también forman parte de lo que podríamos llamar estrategias de adaptación al medio. Algunas conductas agresoras suponen la forma útil de funcionar, de gestionar las dificultades y las relaciones y, a menudo, la única forma que se ha aprendido. En algunos entornos, nuestros planteamientos pacíficos pueden ser inviables porque no sirven para gestionar las relaciones y la vida diaria. Educar supone descubrir juntos nuevas estrategias que, sin ser destructoras, sean útiles para las personas que viven en ese entorno. Educar a un adolescente para que no sea violento no puede ser igual cuando se trata de un *pijo* que cuando se trata de un *quillo*, no les sirven las mismas estrategias.

A veces, las conductas violentas se producen por lo que solemos llamar *vacíos educativos*, es decir, ausencia de bagajes y habilidades para gestionar una situación de conflicto, de frustración o de estrés. Cuando el entorno es socialmente deprimido, los repertorios disponibles pueden ser escasos o inservibles para gestionar determinadas situaciones. Educar consiste entonces en ampliar ese repertorio, en facilitar otros aprendizajes para la relación, en cubrir los vacíos educativos.



Hace años se produjo un cierto escándalo periodístico porque en alguna prisión de Cataluña se enseñaba a *ligar* a un grupo de condenados por delitos contra la libertad sexual. Era un ejemplo de cómo (por diversas razones no sólo de privación) hay personas que sólo han aprendido formas agresivas de relacionarse o tienen dificultades para gestionar los impulsos. Les falta un conjunto de habilidades que pueden aprenderse.

Aunque no es exclusivo de las personas que viven en condiciones de dificultad social, también podemos plantearnos algunos aspectos de las conductas destructoras asociados a los procesos de maduración y personalización. Crecer y madurar en condiciones de carencia y dificultad puede conllevar dificultades en la conformación de la personalidad que, en otros momentos de la vida, supongan formas de actuar destructoras³.

Ahora, educar supone plantearnos cómo les ayudamos a que aprendan a gestionar su mundo interior, a descubrir sus padecimientos, a no convertirlos en vivencias destructoras. Se trata de ayudarles a que pasen cuentas con su pasado de otra manera, a que canalicen la furia de una historia sin afectos hacia otros *objetos* que no sean los seres humanos que les rodean, a que aprendan a relacionarse y expresar los sentimientos que les invaden. Pero, además, significa facilitar otras formas de compensación de las satisfacciones y felicidades no tenidas. Evitar la violencia también tiene que ser no continuar viviendo una existencia sólo llena de insatisfacciones.

Evitar la violencia también tiene que ser no continuar viviendo una existencia sólo llena de insatisfacciones

Ideologías: justificar la convivencia pacífica

Violencia, simbología y dogma

Con mayor simplificación todavía que la empleada en los anteriores apartados, dirigiré ahora la mirada de la acción educativa hacia las ideologías. A aquellas argumentaciones simbólicas o ideativas que estimulan, mantienen o amplifican la aparición o la continuación de conductas violentas. El primer conjunto de acciones educativas en las que deberíamos pensar tiene que ver con los dogmas y los símbolos. El segundo, con lo que solemos llamar genéricamente educación en valores. Hablaré más de lo primero que de lo segundo y siempre referido fundamentalmente a la acción educativa con adolescentes y jóvenes.

No se trata de recordar que existen ideologías de la paz e ideologías de la guerra, justificaciones ideológicas de la violencia y argumentaciones a favor de la no-violencia. La acción educativa aquí se refiere a algo más limitado. No hablo de ideología como conjunto sistematizado y coherente sobre toda o una parte de la existencia humana o la organización de la sociedad. Aquí nos referimos a aquella parte de la lógica vital de una persona conformada por un conjunto de ideas y valores sobre la realidad y las personas de su entorno. A menudo se trata sólo de fragmentos y simplificaciones pero permiten a la persona atribuir sentido a lo que hace, comprender la realidad.

Las conductas violentas a las que en este texto nos estamos refiriendo (no la violencia estructural o las violencias institucionales) conllevan acciones en las que no es necesaria una ideología violenta pero si simplificaciones ideológicas. Por ejemplo, algunas conductas violentas jóvenes o algunas violencias *políticas* necesitan de ideas y valores elementales, concretados en simbología que permitan pasar con facilidad a la acción. El mecanismo es igual para todo tipo de ideología, fascista, nacionalista, sectaria, radical, etc. La patria, la tierra, el capital, la revolución, el país, la raza, la cultura, etc. aparecen como ideas fuerza que permiten adhesiones incondicionales.

Educar es enseñar a pensar, ayudar a tener argumentos para pensar el mundo

No hay mejor vacuna preventiva contra la violencia que enseñar a pensar, ayudar a rechazar los dogmas y las verdades absolutas

Si se trata de actuar violentamente las ideologías de esquemas y verdades absolutas crean y definen enemigos, justifica la acción, evita la responsabilidad. No hay mejor vacuna preventiva contra la violencia que enseñar a pensar, ayudar a rechazar los dogmas y las verdades absolutas. La socialización no violenta supone fundamentalmente educar para pensar, para matizar y dudar.

Así como la dificultad para pensar se suple con la acción, las dificultades para estructurar y mantener una ideología se substituyen con simplificaciones y simbología. La reducción ideológica y los símbolos permiten generar amores y odios, atracciones y rechazos, pertenencias y exclusiones. La educación ahora supone evitar las simplificaciones sociales, políticas o religiosas, renunciar a la difusión de ideas y simbologías que facilitan la confrontación.

En un trabajo (todavía en fase de realización)⁴ con adolescentes de cuarto de ESO de Cataluña, en el que se les facilita la posibilidad de escribir sobre aquello que cambiarían en el mundo que les rodea, encontramos una buena cantidad de los argumentos que usan para pensar el mundo. Muchos



enormemente positivos, la mayoría contradictorios, algunos simplificaciones duras del tipo de las que estamos hablando. Valgan como muestra tres frases de chicos y chicas de diferentes entornos:

¿Qué cambiarías del mundo?

- *“La pobreza la convertiría en riqueza. Así los moros podrían volver a Marruecos y no haría falta que estuvieran aquí.”*
- *“Que Cataluña fuera independiente. Echar fuera a moros, gitanos y negros. Los emigrantes que se queden que sepan el catalán y nuestra religión...”*
- *“Cambiaría el hambre, la inmigración, las drogas ... que los gitanos no nacieran”*

Educar para la no-violencia tiene que ver con ayudar a tener argumentos para pensar el mundo. Supone estructurar las ideas y los mecanismos que nos permiten comprender al otro y entendernos a nosotros mismos. Tiene que ver con la construcción de identidades abiertas sin el recurso fácil al símbolo, sin pertenencias y exclusiones.

Buena parte de las conductas violentas actuales suelen tener como característica no tanto la afirmación de su bondad cuanto la ausencia de argumentos éticos que la regulen. El razonamiento sería más o menos el siguiente: *destruyo porque me lo paso bien y no es que esté bien sino que no encuentro ninguna razón para no hacerlo*. Sólo como breve apunte desearía recordar que la clave educativa se sitúa ahora en cómo hacer educación ética (no de moral restrictiva o de pacifismo religioso) y en afirmar taxativamente que no existe ni una sola idea filosófica, social, política o religiosa que pueda justificar el uso de la violencia, que pueda justificar la destrucción o la muerte. Si queremos realmente educar para la no-violencia no podemos hacer ninguna excepción ideológica⁵.

Contextos: funcionalidades no destructoras

Como decía al inicio, la mayoría de las conductas destructoras sólo cobran sentido cuando se las lee en el contexto en el que se producen. Su explicación sólo es posible a partir de lo que podríamos considerar variables contextuales. Parte de la violencia doméstica tiene que ver con diferentes contextos de

hogar, algunas de las violencias jóvenes con contextos de diversión, algunas agresiones adolescentes con las tensiones relacionales que se producen en la escuela, etc.

La violencia encuentra su lógica en un contexto concreto y tiene una funcionalidad dentro de él. De la misma manera, el diseño de intervenciones para evitarlas tiene que ver con acciones sobre el contexto, con acciones contextualizadas y con la substitución con otras conductas de las funciones ejercidas por las violentas. Por ejemplo, las actividades vandálicas de un grupo adolescente en un parque cobran parte de sentido en sus relaciones de grupo y en sus aburrimientos. Las acciones para reducir esa conducta nada tienen que ver con la educación para la no-violencia (aunque deban tratarse los efectos de su conducta para responsabilizarlos), se trata de hacer que encuentren otras formas de diversión y que tengan otras formas de aceptación y afirmación dentro del grupo.

Como los contextos violentos pueden ser innumerables no podemos plantearnos aquí demasiadas concreciones. Educar o prevenir es pararse en primer lugar a considerar, observar y analizar los contextos evitando el reduccionismo de las acciones o la tendencia convertirlas en patológica o sin sentido por el mero hecho de que sean violentas. Después consiste en intervenir sobre esos contextos. En la escuela secundaria, por ejemplo, se puede incidir sobre algunas conductas de acoso entre iguales si se observan y trabajan lo que podemos llamar *orfandades escolares* (aquellas situaciones en las que los más pequeños quedan a merced de los mayores: los patios en las horas de mediodía) o la creación y consolidación de determinadas dinámicas de grupo. O se puede incidir en la confrontación más o menos violenta entre grupos observando la aparición de estilos y tribus, trabajando su sentido y su lógica en la tutoría o la clase de sociales.

Lo mismo podríamos comentar sobre las violencias en los contextos de ocio. Intervenir puede suponer trabajar la violencia como forma de diversión o trabajar las relaciones y confrontaciones que se generan en determinados espacios. Pero también puede suponer el aprendizaje de formas positivas para gestionar los conflictos de convivencia o la prevención de las situaciones de descontrol.

Acabaré volviendo a las consideraciones del principio. Actuar en una y no en otra violencia, en unos sujetos y no en otros, en las personas y no en sus entornos, considerándolas portadoras de patología y no de otras lógicas, bendecir ideológicamente alguna violencia, vender dogmas y banderas, etc., etc. es una perversión violenta. Aún así, podemos y debemos construir



influencias educativas que influyan en la construcción de ciudadanos y ciudadanas que no necesiten recurrir a la violencia para convivir.

Jaume Funes
Profesor de las EUTSES

-
- 1 FUNES, J, COMAS, M. VILAR, J. “*Sobre les noves o velles formes de violència entre la població jove. Propostes de reflexió per actuar.* (texto no publicado)
 - 2 Algo similar propone FERNANDEZ VILLANUEVA, C. (1998) en *Jóvenes violentos*. Icaria ed. Barcelona
 - 3 En este texto se está hablando siempre de las conductas violentas exógenas, hacia el exterior (la realidad material o las personas) pero no puede olvidarse que bastantes personas ejercen violencia endógena, se autodestruyen por razones diversas entre las que hemos de considerar su educación para no proyectar hacia afuera su agresividad.
 - 4 “*El món dels adolescents explicat per els mateixos*”. Un proyecto de trabajo con adolescentes que está realizando la Fundació Jaume Bofill, en colaboración con el Departament de Benestar Social i Família y la Secretaria General de Joventut de la Generalitat de Catalunya.
 - 5 Me refiero siempre a argumentación ideológica no a situaciones de explotación y destrucción en la que alguien considere legítimo el uso de la violencia como única salida a su situación. Ése, en cualquier caso, es otro debate.